

# UN LUGAR PAGANO EDNA O'BRIEN

TRADUCCIÓN DE REGINA LÓPEZ MUÑOZ



errata naturae

*Para Harold Pinter*

«Llevo un ladrillo sobre el hombro para  
que el mundo sepa cómo era mi casa».

BERTOLT BRECHT

PRIMERA EDICIÓN: agosto de 2017

TÍTULO ORIGINAL: *A Pagan Place*

© Edna O'Brien, 1970

© de la traducción, Regina López Muñoz, 2017

© Errata naturae editores, 2017

C/ Doctor Fourquet 11

28012 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-46-2

DEPÓSITO LEGAL: M-18779-2017

CÓDIGO BIC: FA

DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez y Juan Luis López Espada  
para Inmedia (Cáceres)

IMAGEN DE PORTADA: B. Anthony Stewart / Getty Images

MAQUETACIÓN: A. S.

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,  
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

PRIMERA PARTE

*Dan Egan está en Drewsboro  
los Wattle junto a la verja  
Manny Parker por el paseo  
y el Negro avanza en línea recta.*

Manny Parker era botánico, siempre a la intemperie hiciera el tiempo que hiciera, vivía con su hermana, que llevaba la confitería, comían carne los viernes, eran protestantes. Tu madre iba a su tienda, los consideraba gente de bien.

Le guardaban chocolate porque estaba racionado, seis tabletas del normal y seis tabletas con fruta y avellanas. Las almacenaba en el aparador junto con las mermeladas y las jaleas. El aparador era marrón oscuro, las llaves se habían extraviado, pero con el espantoso chirrido que emitían las puertas era, prácticamente, como si estuviese cerrado con llave. Nadie podía abrirlo sin que la casa entera lo oyese. Cuando en primavera llegaban las naranjas amargas de Sevilla, la hermana de Manny Parker preparaba mermelada y ponía los tarros de una libra a enfriar en lo alto del mostrador para que todo el mundo los viese y la felicitase. Su mermelada era más densa que la de tu

madre y las tiras suspendidas en la oscura gelatina recordaban a peces de colores en un acuario.

Los Wattle vivían en el pabellón del guarda, frente a la verja, al otro lado de la carretera. Los portones eran verdes, con las puntas de los barrotes lanceoladas, no tenían pasador. Las bisagras de un batiente estaban sueltas, y cuando se escapaba tenías que agarrarlo con todas tus fuerzas para no caerte con él.

Los llamaban Wattle<sup>1</sup> porque su hija, Lizzie, estuvo en Australia y regresó con ictericia. Antes de volver mandó fotos suyas y sus padres llevaron a reparar el gramófono y compraron un disco titulado «Allá lejos en Australia», pero Lizzie dijo que aquello era lo último que le apetecía escuchar y preguntó con amargura por las gaitas. Amenazó con marcharse de nuevo pero no lo hizo. Los Wattle nunca abrían la verja porque nadie les pagaba. Ambos ancianos cobraban la pensión.

El señor Wattle llamaba «señor» a todo el mundo y cuando la señora Wattle compró una butaca de mimbre le dijo «¿Es ésta mi propia casa, señor?». Cuando la vaca hizo aguas mayores en el balde de la leche, el señor Wattle, que estaba ordeñando, no se dio cuenta. Ellas pasaron la leche una y otra vez por un colador y un cedazo pero seguía estando amarilla y olía mal. Las otras veces en que la leche olía raro era cuando las vacas comían nabos o el pasto era demasiado sustancioso.

<sup>1</sup> En inglés, «acacia», árbol australiano cuyas flores son amarillas. (Todas las notas de esta edición son de la traductora).

Ese pasto sustancioso se llamaba «forraje» y tu padre lo reservaba para sus caballos. Si alguien dejaba abierta la verja, o si no se le ponía la piedra grande para asegurarla, el ganado campaba a sus anchas y se formaba un alboroto y se llevaban a cabo indagaciones para averiguar quién había sido el responsable. Tu madre no podía soportar ver y oír a las bestias extraviadas dispersándose por los prados porque le daba la sensación de que iban a quedarse allí para siempre, cebándose gratis. Aun así, nunca las echaban. Sólo sacaban las de los gitanos. Los caballos de los gitanos eran muy listos. Pastaban en las márgenes de los caminos, nunca se espantaban cuando pasaban automóviles y camiones y si veían que se acercaba un guarda tenían la sensatez de largarse por donde habían venido. Los gitanos se instalaban en el baldío que no tenía dueño porque dos hermanos casados se lo disputaban y no dejaban que el otro lo trabajase. Algunas noches había montones de carromatos con luces que brillaban a través de las puertas partidas, otras noches no se diferenciaba en nada de cualquier otro terreno: negro y vacío y peligroso.

Dan Egan había muerto pero su nombre sobrevivía porque un árbol se llamaba como él, un castaño de Indias. Los niños lo sacudían para que cayeran castañas y si tu padre los pillaba les daba una buena tunda. Dan Egan reposaba en la isla donde tu madre decía que no quería que la enterraran porque por allí no pasaría nadie que rezase por el reposo eterno de su alma. A ti te daba miedo que tu madre muriera antes que tú.

Allá en la isla había pájaros y ruinas. Las ruinas lucían placas de metal en las que se explicaba en qué periodo de la historia habían sido construidas. En ellas habían vivido santos y eruditos. El dintel de una puerta tenía cuatro nichos y las piedras eran tan quebradizas como miga de pan. Los visitantes llegaban en bote de remos y paseaban entre los restos. Cuando hacía buen tiempo la superficie del lago relucía como si fuese de hojalata, pero en días de regata nunca estaba así.

En la isla había ganado que era del carnicero, bueyes. Se movían como Pedro por su casa entre las lápidas, desbarataban las coronas, pisoteaban las bóvedas acristaladas y rumiaban flores que debían ser imperecederas. Esas flores eran de calcio, y aunque parecían huesos ningún esqueleto salía a la superficie porque habían cavado las tumbas bien profundas.

Si algún muerto se aparecía sólo podía ser en medio de la noche, como cuando decían que Dan Egan se aparecía debajo del árbol que se llamaba como él. Cada vez que alguien lo nombraba, tu padre decía «Pobre hombre, que Dios lo tenga en su Gloria». Tu padre y él se habían emborrachado juntos, habían jugado a las cartas y rondado a las chicas. Tu padre nunca hablaba de chicas pero había una foto de los dos en una moto con sidecar, cada uno con una muchacha, y cada pareja con una manta sobre las rodillas. Se la hicieron en el espectáculo hípico al que acudían cada año. Iban juntos a todas partes a pesar de que Dan Egan era mucho mayor. Cuando el lago se heló hicieron nueve millas a pie para llegar a un baile que duraba toda la

noche, y Dan Egan insistió en que acarreasen una barca y tu padre se opuso, pero resultó ser una idea providencial porque a la vuelta, ya de buena mañana, el hielo empezó a deshacerse. Cuando se metieron en la barca se dieron cuenta de que no había remos y Dan Egan se puso a despotricar y a hacer aspavientos y allí se quedaron, meciéndose entre placas de hielo hasta que a mediodía pasó un barco carbonero.

Tu padre conoció a tu madre en aquel baile pero no le dirigió la palabra. Tu madre parecía una muñeca, había venido de América para pasar las vacaciones, y llevaba un vestido largo y el pelo oxigenado. Tu madre le echó el ojo y consiguió que su hermano lo invitase a casa para que determinase la superficie de la finca.

Tu padre era capaz de calcular el área de cualquier terreno sólo recorriéndolo. Eso y los caballos eran sus mayores aficiones, y las salidas nocturnas con Dan Egan para ir a cantar y a cazar patos al lago. Dan Egan y él vivían en un caserón con un aya muy chiquitita y cuando llegaban borrachos por la mañana ella solía llevarles agua para que se afeitasen y whisky, una taza de cada. Alimentaba un fuego espléndido en un único cuarto, y en el resto de la casa había murciélagos, y ratones, y muebles muy oscuros.

Tu padre era huérfano, pero su vieja ama chiquitita se ocupaba de él, y cuando necesitaba agua para afeitarse o algo para la jaqueca sólo tenía que apretar un timbre y cuando la campana verde vibraba la vieja ama chiquitita mascullaba «Mal dolor te dé» pero aun así iba a ver qué quería.

Tu padre prefirió prenderle fuego a su casa antes que permitir que los Black and Tans<sup>2</sup> hiciesen de ella su cuartel. No pudo llevarse de recuerdo ni una vela ni una vinagrera porque lo habrían considerado robo. La casa se quemó, pero la vieja carbonera quedó intacta y tu madre la usaba para los desperdicios. Tu madre echaba allí las cenizas y los envases no retornables y la loza rota y las asaduras de los gallitos que mataban y llevaban a casa todos los sábados en verano para las cenas de los domingos. Ella se reservaba las peores partes del pollo, la piel, la rabadilla, las carcasas. Una vez al mes le mandaba uno a tu hermana Emma junto con un bizcocho y algo de mantequilla.

Emma se daba muchos aires por haber nacido en Nueva York. Con frecuencia te despreciaba y te decía que eras escoria y te decía «Fuera de aquí, escoria». Pedaleaba con furia para que no la alcanzases.

Emma era la preferida de tu padre. La llamaba «Mi ojito derecho». A ella le regalaron el reloj de pulsera. El reloj le dejó un cerco negro en la muñeca y te explicó que ese fenómeno era conocido como «oxidización». También tenía un brazaletes extensible. Una vez se le atascó por encima del codo y tuvieron que mojarlo para conseguir sacárselo. Se quedó torcido.

Había pocas alhajas desperdigadas por la casa: el reloj de oro de tu padre, unos cuantos collares y varias perlas

<sup>2</sup> Los «Black and Tans» («negro y caqui», por el color de los uniformes) eran una fuerza paramilitar británica que tenía como cometido combatir al ejército irlandés durante la Guerra de Independencia Irlandesa (1919-21).

suelas en una jabonera, peladas y deslustradas. En tu casa tampoco había *gong*, ni bodega, pero sí había repisas de mármol en todas las habitaciones y constelaciones de flores en el centro de los techos.

En los cañones de las chimeneas anidaban los cuervos. Los cuervos preferían las chimeneas a los árboles porque no sufrían los azotes del viento. En torno a los troncos se enroscaban unas hiedras trenzadas tan tupidas y enmarañadas que parecían corazas. Los cuervos picoteaban la hiedra. Eran negros y deslumbrantes y no paraban quietos, siempre dando vueltas y más vueltas, graznando y chillando.

En la parcelita que recibía el nombre de jardín crecían carrizos, candilillos del diablo y manzanos que no habían alcanzado su altura máxima sin ser tampoco enanos. Los carrizos se criaban en caprichosos macizos, más azules que verdes. Era una planta foránea, de tallos enhiestos y hojas afiladas como las de los cuchillos. Databa de los tiempos antiguos, los tiempos pasados, cuando allí había un jardín ornamental. Tú acercabas al filo esa zona de la mano entre el pulgar y el índice, ese pedazo de carne que si recibía un corte podía contraer el tétanos. Por adelantarte a la fatalidad. Una vez al mes la hierba se segaba, el seto se podaba. Había que mantener a raya las ortigas. Las ortigas tenían flores blancas que nadie admiraba. Tu madre te mandaba a las dehesas a coger algunas para los pollitos. Te daba una cacerola y unas tijeras de podar y te pedía que las dejases caer al interior sin tocarlas. Tú te dejabas picar un poco para mortificarte. Canturreabas con

voz de barítono para intimidar a las sabandijas que acechaban entre los escaramujos y los escondrijos del follaje. Las ortigas tenían hierro. El repollo tenía yodo. El repollo solía formar parte del menú. Era una de las especialidades de tu madre. Era generosa con la sal y la pimienta, y esos aderezos incorporados al repollo y al puré de patata formaban una agradable combinación. También daban sabor a los nabos y en general a cualquier tubérculo. Si había carne fresca era para él, una chuleta bien hecha. A los perros les echaba el hueso. Se lo disputaban. Eran perros grandes del color de los leones. Se llamaban Bran y Shep, Bran por el can de un antiguo héroe y Shep porque era un nombre muy apropiado. Por las noches se echaban a los campos, como los tejones, liebres, zorros, gatos monteses, búhos, ratas, comadrejas y topos, enemigos todos ellos, que se atacaban entre sí emitiendo gritos primitivos. Por las mañanas, de camino a la escuela, veías cosas: huellas, pieles, plumas, y una vez una pata intacta con sus garras. Dabas un rodeo para evitar la fortaleza de árboles misteriosos.

Era un lugar pagano y circular. Allí habían celebrado sus ritos los druidas, mucho antes de que nacieran tu madre o tu padre, sus respectivos padres o cualquiera cuya existencia tú conocieras. Pero el señor Wattle decía que ahí no acababa la cosa, que él había visto allí a una señora sin faja una noche cuando volvía de purgar al burro. En el interior del círculo el terreno era traicionero, una zona pantanosa donde crecían azucenas. Las llamaban «lirios de los pantanos». El burro fue allí a morir, nada raro, dada

la amplitud del refugio. Nadie quiso entrar para enterrarlo. Se descompuso. El hedor fue haciéndose cada vez más fuerte y extendiéndose cada vez más lejos. Los perros lo desmembraron y por todas partes desperdigaron huesos grandes y pequeños que al final eran ya tan oscuros e inodoros como ramitas.

Los perros tenían su rutina. Por el día dormían. Bajo el seto tenían sus huecos adaptados a su tamaño y deambulaban por la casa según el tiempo que hiciera. El viento les ondulaba el pelaje, destacaba su tono leonado. Eran medio hermanos, compartían madre, una pastora, pero sus padres eran rivales. A tu madre la escoltaban cuando iba a la confitería de la hermana de Manny Parker a abastecerse de chocolate o a liquidar una parte de la cuenta. La cuenta era interminable. Tan pronto como pagaba algo hacía una nueva compra pero existía un acuerdo entre ella y la hermana de Manny Parker, un acuerdo tácito.

Siempre regresabas de la escuela a la carrera. Tus amigas se reían de ti. Te llamaban pazguata, te llamaban «niña chica», te llamaban «tontaina» y «aguafiestas» y «payasa» y «cagona». Un domingo al salir de misa te sobrevino una diarrea que te repelló las piernas y tú te escondiste detrás del muro y no rebulliste hasta que todo el mundo se hubo marchado: los hombres directos a la taberna, el médico y Hilda en sus coches, los que iban en bicicleta, los que iban a pie y la sacristana que salía la última para apagar las velas y cerrar con llave la gran puerta de roble. Tu madre no le dio mayor importancia, dijo que podía pasarle hasta a un obispo. Pero tus amigas lo comentaban, se pasaban



notitas, se referían a aquello como «el incidente». Tu amiga Jewel escribió en la pizarra una frase para recordar el incidente de color mermelada detrás de cierto muro el día de misa.

Antes de la primera comunión Jewel y tú ensayasteis el momento de recibir la hostia. Os dabais pedacitos de papel. Tú los mantenías en la boca tanto tiempo como fuera posible, el tiempo que creías que tardaría el cuerpo y la sangre de Cristo en deshacerse dentro de ti. Los trozos de papel se empapaban de saliva pero no era pecado que te rozaran los dientes mientras que sí lo habría sido en el caso de la hostia. Aquélla fue tu mayor preocupación en el día de la Primera Comunión, a pesar de que todos sin excepción te elogiaron por lo guapa que ibas. Llevabas zapatos de gamuza y el velo tenía ramilletes de lirios de los valles bordados. El tuyo fue el velo más bonito. Tu madre se encargó de que así fuera. Nuestro Señor no te rozó los dientes pero poco después se desencadenó una crisis. Cuando Lizzie te pidió que posaras para una fotografía te apoyaste contra la reja y una esquina del velo se levantó y se enganchó a una punta y se habría hecho jirones si no llega a ser por el sacerdote, que lo rescató. Tu madre insistió en lo poco que había faltado y te regalaron cinco chelines y hubo claros de sol y así fue tu Primera Comunión. Jewel celebró una merienda a la que no te invitaron. La relación con tus amigas no era como la de tu padre con Dan Egan.

Cada vez que tu padre hablaba de Dan Egan se le llenaban los ojos de lágrimas. Dan Egan y él fueron detenidos

al salir de una taberna, y maldita su suerte porque Dan Egan llevaba un revólver. Les explicó a los Black and Tans que era para disparar a liebres y conejos pero no se lo tragaron y los metieron a los dos por la fuerza en el camión y los encerraron en la cárcel más cercana.

Los amarraron juntos y quisieron convencerlos para que delatasen a sus camaradas pero ellos se negaron y ni siquiera cuando les arrearon una paliza flaquearon. Los tuvieron toda la noche atados y pegados sin permitirles que hablaran y cada vez que uno daba una cabezada le metían la cabeza en un barreño con agua de lluvia. También les buscaron las cosquillas preguntándoles qué les apetecía para cenar, si trucha o pollo. Y ni siquiera cuando Dan Egan tuvo que hacer aguas mayores los separaron, y aquello los unió para siempre.

Los soltaron a la mañana siguiente con una amonestación, pero cuando salieron a la calle nadie quiso acercarlos a casa y tuvieron que ir andando sin un té ni un whisky en el estómago. De los correazos que recibió, Dan Egan sufría ataques de epilepsia y cuando se estableció el Estado Libre solicitó una pensión y se la concedieron, mientras que a tu padre no le dieron nada, y por ese motivo llegaron a las manos y su relación se enfrió.

Una vez hubo fallecido, de nuevo volvieron a ser los mejores amigos y tu padre rememoraba con frecuencia aquella tarde, poco después de que los detuvieran, en que prendieron fuego a la casona con meticulosidad: regaron con petróleo puertas y revestimientos y suelos y marcos de ventanas, y empaparon paños que desperdigaron por

toda la casa. Tu padre explicaba que tuvieron que esperar a que cayera la noche y aquel largo día lo pasaron contándose anécdotas y repartiéndose las cerillas, y justo antes de que lo hicieran Dan Egan dijo que habría dado un brazo con tal de ver la cara de los Tans cuando vieran en llamas el lugar que habían escogido como cuartel. Los Tans lo tenían todo preparado para ocupar la casa de tu padre porque era amplia y en ella habrían cabido tanto ellos como los prisioneros, había chimeneas, y leña en los alrededores, una bomba de agua en el interior, un salón para recepciones, todo lo necesario para una compañía. Una vez llevada a cabo su hazaña, tuvieron que salir por piernas en direcciones opuestas, por carreteras secundarias y caminos poco transitados. Tu padre llegó a la casa donde debía refugiarse pero los dueños habían cambiado de parecer y tuvo que seguir adelante, hasta que le fallaron las piernas y finalmente lo recogieron unos completos desconocidos que, sin embargo, lo trataron de maravilla.

Se escondió en un silo para patatas. Allí fue donde contrajo el eczema que lo acompañó el resto de su vida y para el que se aplicaba un ungüento amarillo que le preparaba una mujer que fabricaba remedios. Curaba verrugas y ataques y tu madre decía que no tenía ningún interés en ojear sus libros negros porque no le sorprendería que fuese una bruja. De su chimenea siempre salía humo y también espectros de las ventanas. En misa atufaba a humo y nadie quería sentarse a su lado. Recolectaba plantas y recogía piedras y mientras rebuscaba no paraba de mascollar cosas ininteligibles. Era viuda.

Por las noches, cuando tu padre salía del silo, notaba las piernas debilitadas como si fuesen de agua, y cuando se acercaba a la granja se encontraba con chicas que cantaban y cortaban grillos de patata para plantar. Debía de ser primavera. Tu padre no llegó a preguntarles cómo se llamaban. Tu padre decía que en los viejos tiempos la gente te daba un chelín o te abría las puertas de su casa, pero tu madre replicaba que eso eran chuminadas y que con el paso del tiempo todo se idealizaba, a lo que él respondía que ella qué iba a saber si no había conocido ni a Dan Egan ni a nadie de aquella época, y ella contestaba que no, pero muy altiva, como diciendo «Ni ganas».

«Currantes», llamaba ella a los amigos de tu padre: ganaderos, criadores de caballos, comerciantes de plumas, y Sacco.

Sacco vino un día de visita; hizo trucos con cerillas y un pañuelo, luego cambió de sitio la lamparilla y con el pulgar y el índice ejecutó un movimiento que imitaba las patitas de un conejo en la pared. Hizo cuatro sombras chinescas sólo con dos dedos. Era magia. Sacco era mago. Llevaba gafas con montura metálica. Elogió el pan de tu madre. Tenía una señal de la cruz perfecta en la parte de arriba que ella había marcado en la masa casi inconscientemente antes de meterla en el horno. Sacco empezó a describir las fases del matrimonio. Dijo que al principio todo era amor, días enteros en la cama, sesiones por la mañana y por la noche, y el heno sin almacenar, y los terneros sin comer; más adelante, cuando nació el primer hijo, las cosas se enfriaban un tanto, el hombre salía por las noches